

nueva. Créi que los francos habían atacado algún punto de la costa, y dime prisa á salir con mis tropas.

«Pronto descubrí á multitud de paisanos que corrían en todas direcciones, y se reunían á un numeroso grupo que hacía mí se adelantaba.

«Marcho al frente de los romanos contra los rústicos batallones. Al colocarme al alcance de un venablo, mando hacer alto á mis soldados, y adelantándome sólo, desnuda la cabeza, entre ambos ejércitos, hablo en estos términos:

«—¡Galos! ¿qué causa os congrega? ¿Los francos han desembarcado en las Armóricas? ¿Venís á ofrecerme vuestros auxilios, ó bien os presentáis aquí como enemigos de César?»

«Un anciano salió de las filas. Sus hombros temblaban bajo el peso de la coraza, y un inútil acero abrumaba su cansado brazo. ¡Oh sorpresa! creo reconocer una de aquellas armaduras que había visto suspendidas en el bosque de los druidas. ¡Oh confusión! ¡oh dolor! ¡aquel venerable guerrero era Segenax!

«—¡Galos! gritó, testigos sean de mi acusación estas armas de mi juventud, que he tomado de nuevo del tronco de Irminsul, donde las había consagrado: ¡he ahí al que ha deshonrado mis blancos cabellos! Un sacerdote ha seguido á mi hija, cuya razón está estraviada, y ha visto en las sombras el crimen de un romano. ¡La virgen de Saina ha sido ultrajada! ¡Vengad á vuestras hijas y á vuestras esposas! ¡Vengad á los galos y á vuestros dioses!»

«Dice, y me lanza un venablo con impotente mano. El dardo sin fuerza viene á caer á mis pies; ¡benédecidole hubiera si me hubiese atravesado el corazón! Los galos, exhalando un ronco grito, se precipitan sobre mí, pero mis soldados avanzan en mi defensa. En vano intenté detener á los combatientes. No era ya aquel un tumulto pasajero; era un verdadero combate, cuyos confusos clamores llegaban al cielo. Hubiérase creído que las divinidades de los druidas habían salido de sus bosques, y que desde lo alto de un aprisco animaban á los galos á la matanza: ¡tan ciego era el encarnizamiento que mostraban aquellos montaraces labradores! Indiferente á los golpes que amagaban mi cabeza, sólo me ocupé en salvar á Segenax; pero mientras le arrancaba á las manos de los soldados, y procuraba ponerle al abrigo del tronco de una encina, un dardo arrojado de en medio de la exasperada multitud, rompe los aires con pavoroso silvido y viene á clavarse en las entrañas del anciano, que vacila y cae bajo el árbol de sus abuelos, á la manera que el anciano Priamo cayó bajo el laurel que prestaba amigra sombra á sus altares domésticos.

«En tan aciago momento, descúbrese un carro en la estremidad de la llanura. Inclinada hacía los caballos, una mujer, suelto el cabello, escita su ardor, queriendo al parecer prestarles alas. Velleda no había encontrado á su padre, y habiendo sabido que este reunía á los galos para vengar el honor de su hija, la druidesa vió que ha sido delatada, y conoció toda la estension de su falta. Vuela sobre las huellas del anciano, llega á la llanura, teatro del combate fatal, impele desalada sus caballos á través de las filas, y me descubre derramando lágrimas sobre el yerto cadáver de su padre, tendido á mis pies. Enagenada de dolor, Velleda detiene sus impetuosos corceles, y grita desde lo alto de su carro:

«¡Galos! ¡suspended vuestros injustos golpes! Yo he causado vuestros males, yo he dado la muerte á mi padre! Cesad de arriesgar vuestros días por una mujer criminal. El romano es inocente. La virgen de Saina no ha sido ultrajada: háse entregado ella misma, violando voluntariamente su votos. ¡Ojala mi muerte devuelva la paz á mi patria!»

«Arrancando entonces de su frente la corona de verbena, y descolgando de su ceñidor la segur de

oro, como si se dispusiese á hacer un sacrificio á sus dioses, exclama:

«¡No mancharé mas estos adornos de vestal!»
«Calla, y aplica á su cuello el instrumento sagrado: la sangre brota y anega su pecho. Bien así como una segadora que al concluir su tarea se duerme á la estremidad del surco, la infeliz Velleda se reclina sobre el carro; la segur de oro abandona su desfallecida mano, y su hermosa cabeza cae blandamente sobre la espalda. Hace un esfuerzo para pronunciar de nuevo el nombre de su amado; pero sus lividos labios sólo dejan percibir un confuso murmullo; yo no estaba ya sino en las visiones postreras de la hija de los galos, cuyos ojos, poco antes tan bellos, había para siempre cerrado el invencible sueño de la muerte.

LIBRO UNDECIMO.

SUMARIO. Prosigue la historia. Arrepentimiento de Eudoro. Su penitencia pública. Pasa á Egipto para pedir su retiro á Diocleciano. Navegación. Alejandría. El Nilo. El Egipto. Eudoro alcanza su retiro de Diocleciano. La Tebaida. Eudoro vuelve á la casa paterna. Fin de la historia.

«¡PERDONAD, señores, las lágrimas que brotan todavía de mis ojos! No os diré que los centuriones me habían detenido mientras Velleda se arrancaba la vida. ¡En castigo demasiado justo del cielo, no debía volver á ver á la mujer á quien había seducido, sino para hundirla en la tumba!

«La gran época de mi vida, ¡oh Cirilo! debe contarse desde este momento, pues es la época de mi vuelta á la religión. Hasta entonces, las faltas que me habían sido personales y que sólo sobre mí habían refluído, me habían impresionado débilmente; pero cuando me reconocí causa de la ajena desgracia, mi corazón se sublevó contra mí. No titubee mas. Clario llegó, y arrojándome á sus pies le hice la confesión de las iniquidades de mi vida. El prelado me abrazó con vivos trasportes de alegría y me impuso parte de esta penitencia, no bastante rigurosa, cuya continuación veis hoy.

«Las fiebres del alma semejan á las del cuerpo, por lo que para curarlas es preciso sobre todo cambiar de lugares. Resolví, pues, abandonar la Armórica, renunciar al mundo é ir á llorar mis errores bajo el techo paterno. Envié á Constancio las insignias de mi autoridad, suplicándole me permitiese abandonar el siglo y las armas; César procuró retenerme valiéndose de toda clase de medios, y me nombró prefecto del pretorio de las Galias; dignidad suprema, cuya jurisdicción se estiende sobre la España y las islas de los bretones. Pero viendo Constancio cuan firme persistía en mis própositos, me escribió estas palabras, llenas de su acostumbrada bondad:

«No puedo concederte por mí mismo la gracia que me pides, porque perteneces al pueblo romano. Solo el emperador tiene el derecho de fijar tu suerte. «Ve, pues, á buscarle, solicita tu retiro, y si Augusto te lo niega, vuelve á hallar al César.»

«Entregué el mando de la Armórica al tribuno que debía reemplazarme: abracé á Clario, y lleno de ternura y remordimientos, abandoné los bosques y asperezas que había habitado la malograda Velleda. Me embarqué en el puerto de Nimes, llegué á Ostia y vi otra vez aquella Roma, teatro de mis primeros errores. En vano algunos amigos, jóvenes aun, quisieron llevarme á sus festines; mi tristeza envenenaba la alegría de sus banquetes, y fingiendo la sonrisa, mantenía largo rato la copa aplicada á mis labios, para ocultar mis lágrimas. Postrado ante el jefe de los cristianos que me había separado de la comunión

de los fieles, le supliqué me incorporase al rebaño. Marcelino admitió mi arrepentimiento, y aun me hizo esperar que abreviada mi prueba, la casa del Señor me sería abierta de nuevo despues de cinco años, si perseveraba en la penitencia.

«Ya sólo me faltaba presentar mi solicitud á los pies de Diocleciano, que todavía se hallaba en Egipto. No queriendo esperar su regreso, me decidí á pasar á Oriente.

«Había en el muelle de Marco Aurelio uno de esos buques cristianos que los obispos de Alejandría enviaban en tiempos de escasez para conducir el trigo destinado al socorro de los pobres. Este buque estaba pronto á darse á la vela para el Egipto, y me embarqué en él. La estación era favorable, y levando anclas nos alejamos rápidamente de las costas de Italia.

«¡Ay! ¡yo había atravesado ya este mar al salir por vez primera de mi Arcadia! Entonces era joven; y mi alma llena de esperanza, soñaba gloria, fortuna y honores; no conocía el mundo sino por los ensueños lisonjeros de mi imaginación. Hoy, me decia, ¡cuán amarga diferencia! regreso de este mundo, y ¿qué he aprendido en tan triste peregrinación?»

«La tripulación era cristiana, y los deberes de nuestra religión cumplidos sobre el bajel, parecían aumentar la magestad de la escena. Si todos aquellos hombres, vueltos á la razón, no veían ya á Venus salir de un mar brillante y volar al cielo en alas de las Horas, admiraban la mano del que abrió el abismo y esparce á su voluntad el terror ó el deleite sobre las olas. ¿Necesitábamos las fábulas de Alción y Ceix, para hallar tiernas relaciones entre las aves que vuelan sobre los mares y nuestros destinos? Al ver suspenderse en nuestros mástiles las fatigadas golondrinas, nos asaltaba el deseo de pedirles nuevas de nuestra patria, pues habían tal vez bñido sus alas en derredor de nuestro albergue y fabricado sus nidos á la sombra de nuestro techo. Reconoce aquí, Demodoco, esta sencillez de los cristianos, que les hace semejantes á los niños. Un corazón coronado de inocencia, vale mas para el marinero que una popa adornada de flores; y los sentimientos que exhala un alma pura son mas gratos al soberano de los mares, que el vino que corre de una copa de oro.

«Durante la noche, en lugar de dirigir á los astros invocaciones culpables y vanas, mirábamos en silencio ese firmamento, en que las estrellas se complacen en brillar por el Dios que las crió; ese hermoso cielo, esas tranquilas mansiones que yo había cerrado para siempre á la desgraciada Velleda!

«Pasamos no lejos de Utica y de Cartago. Mario y Catón no me recordaron en el crimen y en la virtud sino un poco de gloria y mucho infortunio.

«Yo hubiera querido abrazar á Agustín en aquellas costas. A la vista de la colina, donde descollara un día el palacio de Dido, me anegué de repente en lágrimas. Una columna de humo que se elevaba en la playa, pareció anunciarme, como al hijo de Anquises, el incendio de la hoguera fúnebre. En el triste destino de la reina de Cartago, volví á encontrar el de la sacerdotisa de los galos; y ocultando mi cabeza en ambas manos, prorrumpí en amargos sollozos. Yo huía también sobre los mares despues de haber causado la muerte de una mujer; y no obstante, hombre sin gloria y sin porvenir, no era como Eneas el último heredero de Ilión y de Héctor; no tenía como él por escusa la órden del cielo y los destinos del imperio romano.

«Salvamos el promontorio de Mercurio y el cabo donde Escipión, saludando la fortuna de Roma, quiso abordar con su ejército. Impelidos por los vientos hacía la pequeña Sirte, vimos la torre que sirvió de asilo al gran Anibal cuando se embarcó furtivamente para sustraerse á la ingratitud de su patria; porque en cualquier tierra donde el hombre hijs la planta, halla

siempre los vestigios de la injusticia y del infortunio. De este modo en la costa opuesta á la Sicilia creía ver aquellas víctimas de Verres, que desde lo alto del instrumento de su suplicio volvían inútilmente hacía Roma sus moribundos ojos. ¡Ah! ¡el cristiano sobre su cruz no implorará en vano su patria!

«Ya habíamos dejado á nuestra derecha la isla deliciosa de los Lotófagos, los altares de los Filenos y á Leptis, patria de Severo. No tardamos en atravesar el golfo de Cirene. La aurora décimatercia hermo-seaba los cielos, cuando vimos mostrarse en el horizonte á lo largo de las olas una costa baja y desolada. Mas allá de unavasta llanura de arena, una erguida columna atrajo en breve nuestras miradas. Los marineros reconocieron la columna de Pompeyo, actualmente consagrada á Diocleciano por Polion, prefecto de Egipto. Nos encaminamos hacía el monumento que con tanta seguridad anuncia á los viajeros esa ciudad hija de Alejandro, construida por el vencedor de Arbelles, para servir de sepulcro al vencido de Farsalia. Fuimos á echar anclas al Occidente del faro, en el gran puerto de Alejandría. Pedro, (1) obispo de esta famosa ciudad, me acogió con paternal bondad, y me ofreció un asilo en las habitaciones de los servidores del altar; pero los lazos de parentesco me hicieron elegir la casa de la bella y piadosa Aecatarina (2).

«Antes de reunirme á Diocleciano en el Alto Egipto, pasé algunos días en Alejandría para visitar sus maravillas. La biblioteca escitó mi admiración; su dirección estaba confiada al sabio Didimio, digno sucesor de Aristarco. Allí encontré filósofos de todos los países y los hombres mas ilustres de las Iglesias de Africa y Asia: á Arnobo, (3) de Cartago; á Atanasio, (4) de Alejandría, á Eusebio, (5) de Cesarea; á Timoteo y á Pánfilo, (6) todos apologistas, doctores ó confesores de Jesucristo. El débil seductor de Velleda casi no se atrevía á levantar sus ojos en presencia de aquellos hombres fuertes que habían vencido y destronado las pasiones, como aquellos conquistadores enviados por el cielo para herir á los príncipes con la vara y poner su planta sobre el cuello de los reyes.

«Un día había quedado casi solo en el depósito de los remedios y los venenos del alma. Desde lo alto de una galería de mármol miraba á Alejandría, iluminada por la postrera luz del día. Contemplaba aquella ciudad habitada por un millon de hombres, y situada entre tres desiertos: la mar, las arenas de la Libia y Necrópolis, ciudad de los muertos, tan estensa como la de los vivos. Mis ojos vagaban sobre tantos monumentos, el Faro, el Timonio, el Hipódromo, el palacio de los Tolomeos, y los obeliscos de Cleopatra; consideraba aquellos dos puertos cubiertos de navios, aquellas olas, testigos de la magnanimidad del primero de los Césares y del dolor de Cornelia. La forma misma de la ciudad fijaba mis miradas; pues se diseñaba como una coraza macedonia sobre las arenas de la Libia, ya para traer á la memoria el recuerdo de su fundador, ya para decir á los viajeros que las armas del héroe griego eran fecundas, y que la pica de Alejandro hacia surgir ciudades en medio del desierto, como la lanza de Minerva hizo brotar el olivo florido del seno de la tierra.

«Perdonad, señores, esta imagen tomada de una fuente impura. Lleno de admiración por Alejandro, volví á entrar en el interior de la biblioteca, y descubrí una sala que todavía no había recorrido, y á cuya estremidad vi un pequeño monumento de cristal que

(1) El mártir. Nos ha quedado de él uná epístola apostólica.

(2) Aecatarina, que resistió al amor de Maximiano.

(3) El apologista cuyas obras poseemos.

(4) El patriarca.

(5) El historiador.

(6) El mártir, maestro de Eusebio.

reflejaba los resplandores del sol en su ocaso. Acerqueme y advertí era un sepulcro: el trasparente cristal me dejó ver en el fondo del ataúd un rey muerto en la flor de su edad; ceñida la frente con una corona de oro y rodeado de todas las esteroidades del poder. Sus inmuebles facciones conservaban todavía vestigios de la grandeza del alma que las animara; parecía dormir el sueño de aquellos valientes que reclinaron al espirar su cabeza sobre la espada.

«Un hombre sentado cabe el sepulcro, parecía hallarse profundamente ocupado en su lectura. Dirigiendo mi vista hácia su libro, reconocí la Biblia de los Setenta, que ya me habia sido mostrada. El libro estaba abierto en este versículo de los Macabeos:

«Cuando Alejandro venció á Dario, llegó hasta la estremidad del mundo, y la tierra enmudeció en su presencia. Despues de esto, conoció que en breve debía morir. Todos los grandes de su corte se apoderaron de su corona despues de su muerte, y los males se multiplicaron sobre la tierra.»

«En este momento fijé mi vista en el ataúd: el fantasma encerrado en él me pareció tenía alguna semejanza con los bustos de Alejandro... ¡Aquel en cuya presencia enmudecía la tierra, reducido á un eterno silencio! ¡Un oscuro cristiano, sentado cerca del féretro del mas famoso de los conquistadores, y leyendo en la Biblia la historia y los destinos de este conquistador! ¡Cuán vasto asunto de reflexiones! ¡Ah! si el hombre, por grande que sea, es tan poca cosa, ¿qué son sus obras? me decía interiormente. Esta soberbia Alejandria perecerá á su vez como su fundador. Un día, devorada por los tres desiertos que la asedian, el mar, las arenas y la muerte volverán á tomar posesion de ella como de una propiedad que les ha sido usurpada, y el árabe plantará de nuevo su tienda sobre sus sepultadas ruinas!

«Al día siguiente, me embarqué para Menfis. Pronto nos hallamos en medio del mar, en las enrojecidas aguas del Nilo. Algunas palmeras que parecían plantadas en las olas, nos anunciaron en breve una tierra que aun no se veía. El suelo que las sostenía se elevó poco á poco sobre el horizonte, y descubrimos por grados las cúspides confusas de los edificios de Canopo; el Egipto en fin, brillando en toda su estension con una inundacion nueva se mostró á nuestra vista como una ternera fecunda que acaba de bañarse en las aguas del Nilo.

«Entramos á toda vela en el rio. Los marineros le saludaron con alegres gritos, y acercaron á sus labios sus ondas sagradas. Un paisaje á flor de agua se dilataba á una y otra márgen. Esta fértil laguna recibía escasa sombra de los sicomoros, cargados de fruto y de las palmeras que parecen las cañas del Nilo. Algunas veces el desierto, á la manera á un enemigo, penetra en la verde llanura; arroja sus arenas que remedan largas serpientes de oro, y dibuja en el seno de la fecundidad esteriles laberintos. Los hombres han multiplicado en esta tierra el obelisco, la columna y la pirámide, especie de arquitectura aislada que reemplaza con el arte los troncos de las añosas encinas que la naturaleza ha negado á un suelo que se rejuvenece anualmente.

«No obstante, empezábamos á descubrir á nuestra derecha las primeras sinuosidades de la montaña de Libia, y á nuestra izquierda las empinadas crestas de los montes del mar Eritreo. Pronto, en el espacio vacío que mediaba entre estas dos cadenas de montañas, divisamos el vértice de las dos grandes pirámides. Situadas á la entrada del valle del Nilo, semejan las puertas fúnebres del Egipto, ó mas bien algun monumento triunfal erigido á la muerte por sus victorias: Faraon yace allí con todo su pueblo, cuyos sepulcros se estienden en su derredor.

«No lejos, y como á la sombra de estas mansiones de la nada, elevase Menfis, rodeada de tumbas. Ba-

ñada por el lago Aqueronte, por donde Caronte pasaba los difuntos; inmediata á la llanura de los sepulcros, parece que solo le falta dar un paso para bajar á los infiernos con sus generaciones. No me detuve mucho en esta ciudad, despojada de su primitiva grandeza. En busca siempre de Diocleciano, subí hasta el Alto Egipto. Visité á Tebas, la de las cien puertas, á Tentira, la de las magnificas ruinas, y á algunas de las cuatro mil ciudades que baña el Nilo en su curso.

«En vano busqué aquel sabio y grave Egipto que dió un Cécrops y un Inaco á la Grecia; que fue visitado por Homero, Licurgo y Pitágoras, y por Jacob, José y Moises; aquel Egipto donde el pueblo juzgaba á sus reyes despues de su muerte, donde se tomaba prestado dando por prenda el cuerpo de un padre; donde el padre que habia dado muerte á su hijo, estaba obligado á tener durante tres dias abrazado el cadáver de este; donde se paseaba un féretro en derredor de la mesa de un festin; donde las casas se llamaban posadas y los sepulcros casas. Pregunté á los sacerdotes, tan célebres en la ciencia de las cosas del cielo y en las tradiciones de la tierra, y no hallé sino impostores que rodeaban la verdad con un velo como á sus momias, y la colocaban en el número de los muertos, en sus pozos fúnebres. Presa segunda vez de grosera ignorancia, ya no entienden el lenguaje gerófico; sus símbolos ridículos ó lascivos, están mudos para ellos como para las futuras generaciones; así pues, la mayor parte de sus monumentos, los obeliscos, las esfinges y los colosos, han perdido sus relaciones con la historia y las costumbres. Todo está mudado en sus playas, exceptuando la supersticion consagrada por el recuerdo de los antepasados, semejante á esos monstruos de metal que el tiempo no puede hacer desaparecer del todo en aquel clima conservador: sus grupas y sus espaldas están sepultadas en la arena, pero alcanzan todavía la repugnante cabeza en medio de los sepulcros.

«Hallé al fin á Diocleciano cerca de las grandes cataratas, donde acababa de concluir un tratado con los pueblos de la Nubia. El emperador se dignó hablarme de los honores militares que habia alcanzado, manifestándome algun pesar al saber mi resolucion.

«—No obstante, me dijo, si persistes en tu propósito, puedes regresar á tu patria. Concedo esta gracia á tus servicios, y serás el primero de tu familia que vuelve al techo de sus padres antes de dejar un hijo en rehenes al pueblo romano.»

«Lleno de alegría al verme libre, faltábame ver en Egipto otra clase de antigüedades, mas en armonia con mis sentimientos, mi paciencia y mis remordimientos. Hallábame próximo al desierto, testigo de la fuga de los hebreos, y consagrado por los milagros del Dios de Israel, y resolví atravesarlo tomando el camino de Siria.

«Volví á bajar el rio del Egipto. A dos jornadas mas arriba de Menfis, tomé un guia para que me condujese á la costa del mar Rojo, desde donde debia pasar á Arsinoe, (1) para trasladarme á Gaza con los comerciantes de Siria. Algunos dátiles y pellejos llenos de agua fueron las únicas provisiones del viaje; el guia cabalgaba sobre un dromedario, y yo le seguía dominando una yegua árabe. Atravesamos la primera cadena de montañas que ciñen la ribera oriental del Nilo, y perdiendo de vista las húmedas campiñas, entramos en una llanura árida, donde se representaba con fiel verdad el paso de la vida á la muerte.

«Representaos, señores, unas regiones arenosas, surcadas por las lluvias del invierno, abrasadas por los soles del estio, de aspecto rojizo y espantosa desnudez. A trechos, solo algunos nópales espinosos cubren una pequeña parte de la arena sin limites; el

(1) Suez.

viento cruza aquellos tétricos bosques sin poder encorvar sus inflexibles ramas; aqui y allá los restos de bajeles petrificados llenan de asombro las miradas, y altos mojones de piedra situados á largas distancias entre sí, sirven para señalar el camino á las caravanas.

«Marchamos durante un dia entero por aquella planicie. Salvamos otra cordillera, y descubrimos una segunda llanura mas vasta y desolada que la primera.

«Al llegar la noche, la luna iluminó el desierto vacío, donde solo se divisaba sobre una soledad sin sombra, la sombra inmóvil de nuestro dromedario, y la sombra errante de algunos rebaños de gacelas. El silencio solo era interrumpido por el rumor de los jabalíes, que se alimentaban de las raíces secas, ó por el canto del grillo que pedía en vano en aquella inculta arena el hogar del labrador.

«Volvimos á emprender nuestro camino antes del amanecer. El sol se levantó despojado de sus rayos, semejante á una rueda de hierro candente. El calor aumentaba por momentos, y hácia las tres de la tarde el dromedario empezó á dar señales de inquietud, pues hundía sus narices en la arena y soplabá con violencia. A intervalos el avestruz prorrumpía en gemidos lúgubres, y las serpientes y los camaleones se apresuraban á volver al seno de la tierra. Viendo al guia mirar al cielo y cubrirse de palidez, le pregunté la causa de su turbacion, y me respondió:

«—Temo el viento del Mediodia: ¡huyamos!»

«Y volviendo la cabeza hácia el Norte, empezó á correr con toda la celeridad de su dromedario; yo lo seguí, pero el horrible viento que nos amenazaba era mas ligero que nosotros.

«Súbitamente, en la estremidad del desierto se desencadenó un torbellino. El suelo arrebatado á nuestra vista, falta á nuestros pasos, mientras otras columnas de arena, levantadas á nuestra espalda ruedan en tumulto sobre nuestras cabezas. Perdido en un laberinto de cerros móviles é iguales en su aspecto, el guia declara que no conoce su camino; y para colmo de calamidad, en la rapidez de nuestra carrera, derramáranse los pellejos llenos de agua. Jadeantes y devorados por abrasadora sed, deteniendo con gran esfuerzo nuestra respiracion por temor al abrasado ambiente, el sudor corria en arroyos sobre nuestros abatidos miembros. El huracan redobla su furor, y socavando hasta los antiguos cimientos de la tierra, esparce por el cielo las ardientes entrañas del desierto. Envuelto en una atmósfera de inflamada arena, el guia desaparece; oigo de repente su grito, y vuelo á su voz, pero el desventurado, herido por el viento de fuego, habia caído muerto sobre la arena, y su dromedario habia huido.

«En vano intenté reanimar á mi infeliz compañero, pues mis esfuerzos fueron inútiles. Sentéme á alguna distancia, asiendo las riendas de mi caballo y cifrando va solo mi esperanza en aquel que trocó las llamas del horno de Azarias en un fresco viento y un rocío suave. Una acacia que allí crecía, me sirvió de asilo, y tras tan débil muralla, esperé el fin de la tempestad. Hácia la noche, el viento del Norte volvió á seguir su curso; el aire perdió su intenso calor, las arenas cayeron del cielo y me dejaron ver las estrellas; ¡inútiles antorchas que me mostraron tan solo la inmensidad del desierto!

«Todos los limites habian desaparecido, todos los senderos estaban borrados. Los paisajes de arena formados por los vientos, presentaban por todas partes nuevas perspectivas, nuevas creaciones. Estenuado de sed, de hambre y fatiga, no pudiendo mi yegua soportar ya su carga, tendióse moribunda á mis piés. El dia vino á consumir mi suplicio, pues el sol me robó el resto de mis escasas fuerzas; intenté dar algunos pasos, pero en breve, incapaz de ade-

lantar, me precipité sobre un matorral, y allí esperé, ó por mejor decir, llamé á la muerte.

«Ya el sol habia descrito mas de la mitad de su carrera, cuando repentinamente se hizo oír el rugido de un leon. Me levanto con esfuerzo, y al descubrir al terrible animal que á través de las arenas corria, me asalta la idea de que tal vez se dirigia á alguna fuente conocida por las fieras de aquellas soledades. Recomendéme al poder que protegió á Daniel; alabé á Dios, me levanté y seguí á lo lejos á mi extraño conductor. No tardamos en llegar á un pequeño valle, donde descubrí un pozo rodeado de verde musgo; no lejos se alzaba un datilero, de cuyas encorvadas palmas pendian razonados frutos. Este inesperado socorro me devolvió la vida. El leon bebió en la fuente y se alejó tranquilamente como para cederme su lugar en el banquete de la Providencia; de esta manera renacian para mí aquellos dias de la cuna del mundo, cuando el primer hombre, exento de culpa, veia á los animales de la creacion solazarse en torno de su rey y pedirle el nombre que habian de llevar al desierto.

«Desde el valle de la palmera divisábase al Oriente una enbiesta montaña; dirigime hácia aquella especie de faro, que parecia llamarme á un puerto á través de las olas fijas y compactas de un océano de arena. Llegué al pié de aquella montaña, y empecé á trepar por negros y calcinados peñascos, que cerraban el horizonte por todas partes. La noche habia tendido su velo, y solo oí las pisadas de una bestia montaraz, que marchaba delante de mí, y rompía al cruzar las sombras, algunas plantas secas; era el leon de la fuente; la fiera rugió súbitamente, y los ecos de aquellas montañas desconocidas parecieron despertarse por la primera vez, respondiendo con salvaje murmullo á los sonoros rugidos del leon, detenido ya delante de una gruta cuya entrada cerraba una piedra. Entreviendo entonces una débil luz á través de las hendiduras del peñaseco, palpitante el corazon de sorpresa y de esperanza, me aproximo, miro, y ¡oh milagro! descubro realmente una luz en el fondo de aquella gruta!

«—Quien quiera seas, exclamé, tú que amansas las fieras, compadécete de un viajero extraviado.»

«Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando oí la voz de un anciano que cantaba un cántico de la Escritura.

«—¡Oh cristiano! grité de nuevo, ¡recibe á tu hermano!»

«Al punto se presentó á mis ojos un hombre abrumado por la vejez, que parecia reunir sobre su des poblada cabeza tantos años como Jacob; un vestido de hojas de palmera cubria su desnudez.

«—Extranjero, me dijo, ¡bien venido seas! He aquí á un hombre próximo á ser reducido á polvo. La hora de mi feliz sueño ha llegado; pero todavía puedo darte hospitalidad por algunos momentos. Entra, hermano mio, en la gruta de Pablo.»

«Seguí, poseido de profundo respeto á aquel fundador del Cristianismo en las arenas de la Tebaida.

«En el fondo de una gruta, una palmera que estendia y entrelazaba sus ramas en todos sentidos, formaba una especie de vestíbulo, y no lejos corria una cristalina fuente, de la que brotaba un arroyuelo, que á poco de separarse de su manantial, volvia á entrar en el seno de la tierra. Pablo se sentó á mi lado á orillas del agua, y el leon que me habia mostrado el pozo del árabe, vino á acostarse á nuestros piés.

«—Extranjero, me dijo el anacoreta con benévola sencillez, ¿cómo van las cosas del mundo? ¿Se construyen todavía ciudades? ¿Quién reina actualmente? Há ya ciento trece años que habito esta cueva y en el espacio de ciento solo he visto á dos hombres: á ti hoy y á Antonio, el heredero de mi desierto, que vi-



EUDORO Y VELLEDA.

no ayer á llamar á mi puerta, y que volverá mañana á darme sepultura.»

«Dichas estas palabras, Pablo fue á buscar al agujero de un peñasco un pan del trigo mas puro, é invitándome á compartir con él el presente celestial, me dijo que la Providencia le suministraba diariamente aquel sustento. Bebimos un poco de agua en el hueco de nuestra mano, y despues de esta frugal comida, el hombre santo me preguntó qué acontecimientos me habian conducido hasta aquel inaccesible albergue. Habiendo oido la deplorable historia de mi vida, me dijo:

«Grandes han sido tus faltas, Eudoro; pero nada hay que las lágrimas sinceras no puedan borrar. No sin altas miras sobre tí, la Providencia te ha hecho ver el Cristianismo naciente por toda la tierra. En esta soledad vuelves á hallarle entre los leones y bajo el fuego del trópico, como le has hallado entre los osos y los hielos del polo. Soldado de Jesucristo, estás destinado á combatir y á triunfar por la fe. ¡Oh Dios, cuyas vias son incomprensibles, tu has conducido á este jóven confesor á esta gruta, para que

yo le descubra el porvenir, y para qué acabando de hacerle conocer su religion, complete en él mediante la gracia la obra empezada por la naturaleza! Eudoro, descansa aqui todo este dia, que mañana al salir el sol iremos á orar á Dios sobre la montaña, y te hablaré antes de morir.»

«El anacoreta me habló todavia largo rato de la hermosura de la religion y de los beneficios que debe esparcir un dia sobre el género humano. Aquel anciano presentaba en sus discursos un extraño contraste: tan sencillo como un niño, cuando se abandonaba á la sola naturaleza, parecia haber olvidado todo, ó no conocer cosa alguna del mundo, de sus grandezas, amarguras y placeres; pero cuando Dios descendía á su alma, Pablo era un genio inspirado, lleno de la esperiencia de lo presente y de las visiones del porvenir. De este modo se reunian dos hombres en el mismo hombre, sin que se pudiese decir cual era mas admirable: si el Pablo ignorante ó el Pablo profeta, puesto que al candor del primero se concedía la sublimidad del segundo.

«Despues de haberme dado lecciones llenas de gra-

ve dulzura y de agradable sabiduria, Pablo me invitó á hacer un sacrificio de alabanzas al Eterno, y levantándose cantó en pié debajo de la palmera:

«¡Bendito seais vos, Dios de nuestros padres, que no habeis despreciado mi pequenez!

«Soledad, ¡oh esposa mia! vas á perder al que hallaba en tí todas sus dulzuras!

«El solitario debe tener el cuerpo casto, los labios y boca puros y el espíritu iluminado por la divina luz. «¡Santa tristeza de la penitencia! atraviesa mi alma como un agujon de oro, é inúndala de celestial dulzura!

«Las lágrimas son las madres de las virtudes, y el infortunio es un estribo para subir al cielo.»



VISITA DE EUDORO AL ANACORETA PAULO.

«Apenas terminada la oracion del santo, se apoderó de mí un tranquilo y profundo sueño, y me dormí sobre el lecho de ceniza que Pablo preferia al trono de los monarcas. El sol se hallaba próximo al fin de su carrera, cuando abrí de nuevo mis ojos á la luz. El ermitaño me dijo:

«Levántate, ora, come y vamos á la montaña.»

«Le obedeci y partimos. Por espacio de mas de seis horas trepamos por peñascos descarnados, y al amanecer llegamos al picó mas culminante del monte Colzim.

«Un horizonte inmenso se estendia circularmente

en nuestro derredor. Descubriábase al Oriente las cimas del Horeb y el Sinaí, el desierto de Sur y el mar Rojo; al Mediodía, las cordilleras de la Tebaida; al Norte, las llanuras estériles donde Faraon persiguió á los hebreos; y al Occidente, mas allá de las arenas en que me habia estraviado, el fecundo valle del Egipto.

«La aurora, entreabriendo el cielo de la Arabia Feliz, iluminó durante algun tiempo tan grandioso cuadro. El onagro, la gacela y el avestruz corrian con rapidez por el desierto, mientras los camellos de una caravana desfilaban lentamente unos en pos de otros, conducidos por el asno inteligente que les servia de guia. Veíanse huir sobre el mar Rojo las naves cargadas de perfumes y seda, ó que conducian algun sabio á las costas indianas. Coronando en fin de esplendor aquella magnífica frontera de los dos mundos, el sol se levantó inundando en torrentes de luz las erguidas crestas del Sinaí; ¡imagen pálida, y sin embargo brillante, del Dios que Moisés contempló en la cima de este monte sagrado!

«El solitario tomó la palabra:

«—Confesor de la fe, tiende la vista en derredor. He ahí á ese Oriente, de donde han salido todas las religiones y todas las revoluciones de la tierra. He ahí á ese Egipto que ha dado dioses elegantes á tu Grecia, y dioses informes á la India; he ahí á ese desierto de Sur, donde Moisés recibió la ley: Jesucristo se mostró en estas mismas regiones; y un día, un descendiente de Ismael restablecerá el error bajo la tienda del árabe. La moral escrita es asimismo un fruto de este fecundo suelo. Porque es de notar que los pueblos del Oriente, como en castigo de alguna gran rebelion de sus padres, se han visto casi siempre sometidos á tiranos; así ¡maravillosa compensación! la moral ha nacido al lado de la esclavitud, y la religion nos ha venido de la region del infortunio. Finalmente, estos mismos desiertos han visto marchar los ejércitos de Sesostris, Cambises, Alejandro y César. ¡Siglos futuros! vosotros traereis á ellos ejércitos no menos numerosos, guerreros no menos célebres! Todos los grandes movimientos impresos á la especie humana han partido de aquí, ó han venido á perderse aquí. Hase conservado una energia sobrenatural en los países donde el hombre recibió la vida, y se admira aun cierto sello de prodigiosa grandeza en la cuna de la creacion y en las fuentes de la luz.

«Sin detenernos en esas grandezas humanas que alternativamente han venido á hundirse en el sepulcro; sin considerar esos siglos famosos, separados por una azadonada de tierra y cubiertos por un poco de polvo, el Oriente es especialmente para los cristianos el país de las maravillas.

«Has visto al Cristianismo penetrar con el auxilio de la moral en las naciones civilizadas de Italia y Grecia; le has visto introducirse por medio de la caridad entre los pueblos bárbaros de la Galia y la Germania; aquí, bajo la influencia de una naturaleza que enerva el alma, infundiendo pertinacia al espíritu; en un pueblo grave por sus instituciones políticas y ligero por su clima, la caridad y la moral serian hartó insuficientes. La religion de Jesucristo no puede entrar en los templos de Isis y Ammón sino bajo el velo de la penitencia, siendo preciso que ofrezca á la molición el espectáculo de todas las privaciones; que oponga á las imposturas de los sacerdotes y á las mentiras de los falsos dioses, milagros ciertos y verdaderos oráculos, porque únicamente las escenas extraordinarias de virtud pueden arrancar la fascinada multitud á los juegos del circo y del teatro, y porque mientras por una parte los hombres perpetran grandes crímenes, son indispensables las grandes espia-ciones, para que la digna fama de estas destruya la triste celebridad de aquellos.

«He aquí la razon del establecimiento de estos mi-

sioneros que, empezando en mí, se perpetuarán en estas soledades. Admira á nuestro divino Maestro, que sabe ordenar su milicia segun los lugares y los obstáculos que tiene que combatir. Contempla las dos religiones que van á luchar aquí cuerpo á cuerpo, hasta que la una haya anonadado á la otra. El antiguo culto de Osiris, que se pierde en la noche de los tiempos, orgulloso con sus tradiciones, sus misterios y sus fastuosas solemnidades, se juzga seguro de la victoria; el gran dragon de Egipto se tiende altivo en medio de sus aguas, y dice: «El rio me pertenece.» Cree que el cocodrilo recibirá siempre el incienso de los mortales, y que el buey que recibe la muerte en el establo, será siempre el mas poderoso de los dioses. ¡No, hijo mio! va á formarse un ejército en el desierto, para marchar á la conquista de la verdad. Avanza desde la Tebaida y la soledad de Esceta; compónese de santos ancianos que no llevan otras armas que sus blancos báculos, para sitiar á los sacerdotes del error en sus templos. Estos ocupan campos feraces, y viven sumidos en el lujo y los placeres; en tanto que aquellos habitan unas arenas ardientes, en medio de todos los rigores de la vida. El infierno, que apresura su ruina, apela á todos los medios de victoria; los demonios de la lujuria, del oro y de la ambicion, procuran corromper la milicia fiel; pero el cielo acude al socorro de sus hijos, y prodiga los milagros en su favor. ¿Quién podrá enumerar los nombres de tantos ilustres solitarios, los Antonios, los Serapios, los Macarios, los Pacomios? La victoria se declara en su favor, y el Señor se reviste del Egipto como un pastor de su pellico. Donde quiera ha hablado el error, la verdad ha hecho oír su voz poderosa; allí donde falsos dioses han establecido un misterio, Jesucristo ha hecho brillar un santo. Las grutas de la Tebaida se ven invadidas, y las catacumbas de los muertos se miran ocupadas por los vivos, muertos á las terrenales pasiones. Los dioses, asaltados en sus antiguos templos, vuelven al río ó al arado, y un grito de triunfo se levanta desde la pirámide de Cheops hasta el sepulcro de Osimandua. La posteridad de José regresa á la tierra de Gessen; ¡y esta conquista, debida á las lágrimas de los vencedores, no cuesta una sola lágrima á los vencidos!»

«Pablo suspendió breves instantes su discurso; luego, tomando de nuevo la palabra:

«—¡Eudoro! dijo, no abandonarás segunda vez las filas de los soldados de Jesucristo. Si no eres rebelde á la voz del cielo, ¿qué corona te espera! ¿Y qué podrias, hijo mio, buscar hoy entre los hombres? ¿El mundo podria interesarte? ¿Querrias, á imitación del infiel israelita, bailar en torno del becerro de oro? ¿Sabes qué fin amenaza á ese imperio que ha tanto tiempo tiraniza al género humano? Los crímenes de los señores del mundo traerán en breve el día de la venganza. ¡Han perseguido á los fieles, y se han saciado de la sangre de los mártires, como las copas y el ara del altar!....

«Pablo se interrumpió de nuevo: estendió sus brazos hácia el monte Horeb, sus ojos se animaron, brilladora llama se mostró sobre su cabeza, su frente rugosa resplandeció súbitamente con juventud divina, y exclamó, cual nuevo Elias:

«¿De dónde vienen esas familias fugitivas, que buscan un asilo en la cueva del solitario? ¿qué pueblos son esos que han salido de las cuatro regiones de la tierra? ¿Veis esos repugantes cadáveres, hijos impuros de los demonios y de las hechiceras de la Escitia? (1) El azote de Dios les conduce. (2) Sus caballos son mas veloces que los leopardos, y reunen tropas de cautivos como montones de arena! ¿Qué quieren esos reyes (3) vestidos de pieles de fieras, cubierta la ca-

(1) Los hunnos.

(2) Atila.

(3) Los godos.

beza con un sombrero bárbaro, ó pintadas las mejillas de verde? (1) ¿Por qué esos hombres desnudos deguellan á los prisioneros, en derredor de la ciudad sitiada? ¿Deteneos! (2) Ese monstruo ha bebido la sangre del romano que ha derribado! (3) Todos vienen del desierto de una tierra horrorosa, y todos marchan hácia la nueva Babilonia. ¿Has caído, reina de las ciudades! ¿Tu Capitolio está oculto en el polvo! ¿Cuán desiertos gimen tus campos! ¿Qué soledad reina en tu derredor!... Pero ¡oh prodigio! ¡la cruz descuellera en medio de este torbellino de polvo, y se levanta sobre Roma resucitada! La cruz señala sus edificios. ¡Padre de los anacoretas, Pablo, regocijate antes de morir! tus hijos ocupan las ruinas del palacio de los Césares; los pórticos donde se jurara la muerte de los cristianos, hanse trocado en claustros piadosos (4), y la penitencia habita donde triunfante reinara el crimen!»

«Pablo dejó caer sus manos; el fuego que le habia animado se estinguó, y vuelto á la condicion de un mortal, habló de nuevo el lenguaje de los mortales.

«—Eudoro, me dijo, es preciso que nos separemos, pues no debo bajar ya de la montaña. El que debe enterrarse se acerca para cubrir este pobre cuerpo, y devolver la tierra á la tierra; le hallaras al pié del monte, y esperarás su regreso, pues te enseñará el camino.»

«Entonces el admirable anciano me obligó á abandonarle. Triste y sumido en los mas graves pensamientos, me alejé en silencio, oyendo la voz de Pablo que entonaba su canto postrimero. Próximo á ser quemado en el altar, el antiguo fenix saludaba con conciertos su renaciente juventud. Al pié de la montaña encontré á otro anciano que aceleraba sus pasos, llevando en la mano la túnica de Atanasio que Pablo le pidiera para que le sirviese de mortaja. Era el gran Antonio acrisolado por tantos combates contra el infierno. Quise hablarle; pero él repetia sin detenerse:

«—¡He visto á Elias, he visto á Juan en el desierto, he visto á Pablo en un paraíso!»

«Pasó, y esperé su vuelta todo aquel día, pero no tornó hasta el siguiente, en que le ví anegado en lágrimas.

«—Hijo mio, dijo, acercándose á mí, el serafin no está ya en la tierra. No bien me habia alejado ayer de tí, vi en medio de un coro de ángeles y profetas á Pablo, que radiante de purísima blancura, subia al cielo. Corrí á la cima de la montaña y vi al santo arrodillado; alta la cabeza y los brazos estendidos al cielo, parecia orar aun, y no existia ya. Dos leones que salieron de los inmediatos peñascos, me ayudaron á abrirle una fosa, y su túnica de hojas de palmera ha sido mi herencia.»

«Así me refirió Antonio la muerte del primero de los anacoretas. Nos pusimos en camino y llegamos al monasterio donde se formaba ya bajo la direccion de Antonio, aquella milicia cuyas conquistas me habia anunciado Pablo. Un solitario me condujo á Arsinóe, de donde partí en breve con los mercaderes de Tolemaida. Al atravesar el Asia, me detuve en los Santos Lugares, donde conocí á la piadosa Helena, esposa de Constancio mi generoso protector, y madre de Constantino, mi ilustre amigo. Ví luego las siete Iglesias fundadas por el profeta de Patmos: la paciente Efeso, la afligida Esmirna, Pérgamo, llena de fe, la caritativa Tiatira, Sardes, colocada entre los muertos, Laodicea, que debe comprar Blanca túnica y Filadelfia, amada del que posee la llave de David. Tuve la suerte de hallar en Bizancio al jóven príncipe Constantino, que se dignó estrecharme entre

(1) Los lombardos.

(2) Los francos y los vándalos.

(3) El sarraceno.

(4) Las Termas de Diocleciano, habitadas por los cartujos.

sus brazos y confiarme sus vastos designios. Y os ví, por último, ¡oh padres míos! despues de diez años de ausencia é infortunios. ¡Si el cielo escuchase mis votos, no volveria á abandonar los valles de la Arcadia, y me consideraria feliz si viese trascurrir en ellos mis días en la penitencia, para dormir despues de mi muerte en el sepulcro de mis padres!»

Estas palabras dieron fin á la historia de Eudoro: los ancianos que la escuchaban permanecieron durante algun tiempo en silencio. Lastenes daba gracias á Dios en el fondo de su corazon por haberle dado tal hijo; Cirilo, que nada tenia que decir á un jóven que confesaba sus faltas con tanta sinceridad, le miraba con respeto y admiracion, como á un confesor llamado por el cielo á los mas altos destinos, y Demodoco permanecia estupefacto al oír el lenguaje desconocido y al conocer las virtudes incomprendibles de Eudoro. Los tres viejos se levantan magestuosamente como tres reyes, y entran en la casa de Lastenes; Cirilo, despues de ofrecer por Eudoro el tremendo sacrificio, se despide de sus huéspedes y regresa á Lacedemonia; Eudoro se retira á la gruta testigo de su penitencia; y Demodoco, ya solo con su hija, estrecha á esta tiermeramente entre sus brazos y le dice, iluminado por un triste presentimiento:

«—Hija de Demodoco! tú serás acaso igualmente desgraciada á tu vez, porque Júpiter dispone de nuestros destinos; pero imitarás á Eudoro. Ya lo ves: la adversidad ha aumentado las virtudes de este jóven, porque las virtudes mas raras no siempre son el resultado de esa lenta madurez, fruto de la edad; el racimo todavia en agraz, y torcido por la mano del viñador y marchito sobre la cepa antes del otoño, produce el mas dulce vino en las márgenes del Alfeo y en los ribazos del Erimanto.»

LIBRO DUODÉCIMO.

SUMARIO. Invocacion al Espíritu Santo. Conjuracion de los demonios contra la Iglesia. Diocleciano manda hacer el empadronamiento de los cristianos. Hierocles marcha á la Acaya. Amor de Eudoro y de Cimodocia.

¡ESPIRITU SANTO! ¡tú que fecundaste el anchuroso abismo, cubriéndole con tus alas; yo he menester ahora de tu poderoso auxilio! Des de lo alto de la montaña que ve humillarse á sus piés las cumbres de Aonia, contemplas ese movimiento perpétuo de las cosas de la tierra, de esta sociedad humana en que todo cambia, hasta los principios; en que el bien se convierte en mal y el mal en bien; miras con piedad las fútiles dignidades que hinchán nuestro corazon y los vanos honores que le corrompen; amenazas el poder conquistado por medio de crímenes, y consuelas la desgracia comprada á precio de virtudes; ves las diferentes pasiones de los hombres: sus vergonzosos temores, sus bajos odios, sus deseos interesados, sus tan fugaces alegrías, sus tan largos tedios; penetras todas estas miserias, ¡oh Espíritu Creador! Anima, pues, y vivifica mi palabra en el relato que voy á hacer; ¡dichoso yo si puedo atenuar el horror del cuadro, pintando en él los milagros de tu fecundante amor!

Situados en los puntos señalados por su caudillo, los espíritus de tinieblas encienden por todas partes la discordia y el horror al nombre cristiano, y desencadenan en la misma Roma las pasiones de los jefes y ministros del imperio. Astarté presenta sin cesar á Hierocles la imagen de la hija de Homero, y reviste á este seductor fantasma de todas las gracias que la ausencia y el recuerdo añaden á la hermosura. Satanás despierta secretamente la ambicion de Galerio, pintándole los fieles adictos á Diocleciano como el